

“UN MES Y MEDIO”

Abrí mis ojos agitada y al ver que había sido otra pesadilla los cerré nuevamente y respiré hondo tranquilizándome. Me senté despacio en la cama mientras desviaba mi vista hacia el reloj en mi muñeca. Cinco y media de la mañana. No me sorprendió haberme levantado antes de que sonara el despertador, hace un mes y medio que lo hacía. Deslicé mis pies descalzos dentro de la protección de las pantuflas y me dirigí al baño. Cerré la puerta cuidadosamente para evitar que alguien se despertara y abrí la lluvia de la ducha a tientes. Tomé el broche que me sostenía el cabello y lo dejé caer al piso al mismo tiempo que las puntas de mi pelo rozaban mi espalda desnuda. Estiré una mano hasta asegurarme de la tibieza del agua y entré despacio. Odiaba bañarme de mañana, pero no tenía otra manera de matar el tiempo. Ya hace un mes y medio que había intentado volver a conciliar el sueño luego de despertarme, no lo había logrado, obviamente. Por lo tanto, tomar una lenta ducha había sido la mejor opción. Salí del baño ya vestida y, otra vez, mi mirada se posó en el reloj de muñeca. Seis de la mañana. Un avance. Bajé las escaleras torpemente y me encontré a mi madre con un bizcocho en su boca mientras preparaba el desayuno con apuro.

- ¿A esta hora despierta? –hace un buen tiempo que me preguntaba lo mismo y mi gesto era también el mismo. Alcé mis hombros mientras me dejaba caer en la silla de madera y tomaba con mi derecha la taza de café caliente. Lo tomé de un sorbo dejando que el líquido quemara mi faringe de a poco. – Recuerda que hoy tienes a Marcos.

Fruncí el ceño al escuchar su nombre, me ponía de mal humor que me lo recordara cada viernes. Ya tenía bien claro que todos los viernes debía ir con un psicólogo a hablar de la tragedia protagonista de mi vida. De todos modos, no era ninguna sorpresa que mi madre lo hubiera mencionado, seguía teniendo la esperanza de que luego de hablarlo con él, iría hacia ella o hacia mi padre. Pero no iba a suceder, no lo hablaba con nadie. Esta vez, decidí no responder. Llevé mi mochila al hombro y me encaminé hacia la puerta principal.

- ¿Te llevo? – suspiré y le di mi respuesta rutinaria

- No, es muy temprano, prefiero caminar – fingí mí mejor media sonrisa y abrí la puerta para que el aire helado de la madrugada golpeará mi cara. Como

hace un mes y medio, cierta tonta esperanza se mantenía en mi pecho de ver su cuerpo apoyado en la pared continúa como solía hacerlo. Pero al salir y no ver más que la calle vacía, el agujero en mi estómago que cómodamente se había situado allí, se hacía presente. Dejé entrar el frío en mi nariz respirando hondo mientras cerraba con fuerza la puerta, casi descargándome.

Caminé por las desiertas calles, cada paso era un cuchillo en mi garganta, cada paso era un recuerdo que me obligaba a olvidar, cada paso era más doloroso que el anterior. Seguí mi camino cabizbaja como siempre hacía, hasta llegar al edificio gris que muchos llamaban colegio.

Saludé a alguna gente con la mano, todavía fingiendo sonrisas, tratando de camuflar mi verdadero ser. Sus miradas seguían pintadas de pena, de lástima, y simplemente el hecho me obligaba a actuar todavía más. De un día para el otro, había pasado a ser otra de las cientos de chicas que concurrían allí, a ser la chica a quien la violencia había golpeado la puerta de su casa. Alguna vez había deseado tener una vida más interesante, pero definitivamente, no era esto lo que tenía en mente.

Al llegar al refugio del aula vacía, me dejé caer en la fría silla de madera, mientras escuchaba música y trataba de concentrarme en el tan poco interesante punto amarillo que había en la pared. Había sido compañero de mi soledad hacía ya un mes y medio.

- Sol – la voz de mi... amiga se escuchó sutilmente detrás de la música que agobiaba a mis oídos. – Buen día.

No hablábamos como antes, no reíamos como antes, no cantábamos ni bailábamos como antes. Nada era como antes. Lo sucedido nos había separado suavemente, hasta llegar a un corte definitivo. Había sido mi culpa, lo sabía, y ahora cada una estaba por su lado. Asentí con la cabeza en señal de saludo mientras seguía buscándole lo mágico al punto amarillo. Ella no soportó más la incomodidad y salió de la clase mirando hacia abajo. La extrañaba, y también lo extrañaba a él. Después de todo, habían sido mis mejores amigos, habíamos sido una vez los mejores amigos. Extrañaba aquellos tiempos donde las brisas de paz estaban presentes, donde cada día era diferente, donde me podía llamar feliz.

Antes de darme cuenta, la última campana retumbó en los pasillos, causando el ajetreo tanto de profesores como de alumnos. Suspiré al saber lo que me esperaba. Evité a la mayoría de gente que pude, y al salir, me dirigí hacia la calle que todos los viernes iba.

Al llegar a la casa, toqué timbre con mi índice, deseando, como hacía ya un mes y medio, que simplemente se hubiera olvidado, que simplemente la puerta de roble no se abriera. Pero lo hizo y lo seguía haciendo.

- Sol – aquella sonrisa de payaso me hizo entrecerrar los ojos

- Marcos – dije con el mismo tono. Me sorprendí al escuchar mi voz, no había abierto la boca desde la mañana. – Acabemos una vez con esto.

Entré sin permiso y me senté en el sillón de cuero negro, esperando que me hiciera las mismas preguntas que siempre.

- No, sí, adoro el helado, no hablo todavía con Stella y no soñé nada anoche – sonreí con aire de suficiencia - ¿Puedo irme ahora?

Se quedó callado y permaneció en silencio, mirándome con semblante apacible.

- Tengo algo nuevo para hoy – finalmente dijo

- Oye, eso es un avance – dije riendo con ironía mientras él se paraba y me tendía un cuaderno pequeño de no menos de cincuenta páginas. - ¿Qué es esto?

- ¿Qué tal si lo dejamos para después? – Dijo sonriendo, como siempre hacía – Ahora cuéntame que tal tu semana.

Rodé los ojos y comencé a mover mi boca automáticamente, luego de seis semanas iguales, ya tenía bien claro que tal había sido. Seguía y seguía hablando mientras que el hombre se limitaba a mirarme. Una de las tantas cosas que me desesperaban de Marcos.

- Sol ¿alguna vez pensaste que las cosas pasan por algo? – eso sí era nuevo - ¿Nunca pensaste que tal vez, él tuvo que morir porque...?

- Tu novio puede romper contigo, y eso tal vez pase porque encontrarás a alguien mejor. Dos amigos pueden pelearse y eso pasa para demostrar en verdad que su amistad es más fuerte que una simple pelea. – Mi respiración era más agitada – Pero que tú mejor amigo sea asesinado en la esquina de su casa, simplemente porque te negaste a acompañarlo, porque por supuesto que

pensaste en ti primero, eso no pasa por algo, eso no tiene una explicación.

Eso pasa porque allí afuera está lleno de... de...

- Violencia – dijo levantando su palma y señalándome el cuaderno
- Como diga – dije aguantando las lágrimas de mis ojos
- Eso es lo que quiero que escribas allí, que piensas de la violencia – me pareció lo más tonto que jamás me habían dicho
- No soy escritora –
- No es sobre eso, Sol – dijo sin perder su paciencia – Es sobre ti, exprimiendo todo lo que quieras decir hacia la violencia, todo el odio que sientas hacia ella, escríbelo todo allí. Puedes empezar por un mundo *sin* violencia, algo así como un mundo mejor.

Ahogué la llave en la cerradura de la puerta de mi silenciosa casa, y luego de cerrarla de la misma manera. Subí las escaleras de dos en dos y al llegar a mi cuarto, me senté tranquilamente en mi cama. Observé al pequeño cuaderno forrado con cuero que me había dado. Por más tonto que me parecía, me llamaba la atención el hecho de escribir. Pensé por primera vez luego de un mes y medio todo lo que había pasado y tomé la lapicera negra de mi mesa de luz. Mis ojos se enjuagaron en lágrimas y por primera vez las dejé caer sobre la tinta negra que dictaba: Sin violencia, mejor.

Nombre: Micaela Prestini Da Fonseca

Cédula de identidad: 4.738.168-3

Fecha de nacimiento: 25 de agosto de 1993

Dirección: Arenas del Plata 276, El Pinar, Canelones. Km. 29.600

Teléfono: 6983071 – 099790132

Liceo: Scuola Italiana Di Montevideo

Correo electrónico: miqui93@hotmail.com